

MUNIBE (Antropología - Arkeologia)	42	141-152	SAN SEBASTIAN	1990	ISSN 0027 - 3414
------------------------------------	----	---------	---------------	------	------------------

# El fenómeno dolménico en el País Vasco

## The dolmenic phenomenon in the Basque Country

**PALABRAS CLAVE:** Tumbas megalíticas, pastoralismo prehistórico, Neolítico-eneolítico, prehistoria País Vasco.

**KEY WORDS:** megalithic tembs, prehistoric pastoralism, Neolithic-eneolithic, Basque Country prehistory.

**M. Teresa ANDRES RUPEREZ\***

### RESUMEN

Se plantea la hipótesis de un surgimiento autónomo del megalitismo en las sierras centrales del territorio vasco, como respuesta derivada de los cambios económicos que obligaron a sustituir la subsistencia depredadora por la productora, lo que no excluye la impregnación cultural que posibilitara el conocimiento previo de estas realizaciones arquitectónicas. En cambio, las zonas próximas al Ebro, están en más clara relación con el dolmenismo de la Meseta. La implantación dolménica en la zona se fecha, por ahora, a fines del 4.º milenio. Los tipos dolménicos son sencillos con predominio general de los simples rectangulares, y sepulcros de corredor en la zona del Ebro; la sierra de Cantabria se define como barrera entre dos «provincias» con distinción tipológica y étnica, esta última al menos en la fase de utilización calcolítica, que es notable en zonas del Ebro, en donde sigue a una etapa de abandono y degradación de los sepulcros. La especialización económica pastoril, que ha sido enunciada como dominante, no es la única explicación posible para las densas concentraciones dolménicas de «montaña»; se sugiere la inconveniencia de superponer territorios funerarios y económicos o suponer coexistencia de tumbas «de invierno» y «de verano». Aun admitiendo una base ganadera de los medios de subsistencia, el asumir una relación entre el mecanismo de trashumancia pastoril estacional y los dólmenes, es muy discutible.

### SUMMARY

It is raised in this article the hypothesis of an autonomous emerging of megalithism in the central mountain ranges of the basque territory, as an answer derived from the economical changes which compelled to replace the predating subsistence with a producing one (although that does not exclude cultural contacts that could make possible a previous knowledge of these architectonic achievements). The zones next to the Ebro, in return, are in a closer relation with dolmenism in the Meseta. The dolmenic implanting in the area is dated, for the present, at the end of 4th. millenium. Dolmenic types are simples, with a general predominance of the rectangular ones and passage graves in the Ebro area. The Sierra of Cantabria acts as a barrier between two distinct «provinces» from the typological and ethnically point of view (the latter, at least, in the chalcolithic phase of its use, noteworthy in the Ebro zones where it comes after a phase of abandonment and degradation of the graves). The pastoral specialization of the economy, which has been stated as dominant, is not the only possible explanation for the dense mountainous dolmenic concentrations, and it is suggested the inconvenience of superposing funerary and economical territories, and of supposing a Co-existence of «winter» and «summer» graves. Even admitting a livestock base in the means of subsistence, the relation of seasonal pastoral trashumance with the dolmens, as assumed by scholars, is very arguable.

### I. INTRODUCCION

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN escribió las más atinadas síntesis de Prehistoria del País Vasco; en la editada en 1953 reivindica un Neolítico diferenciado del Eneolítico, etapa ésta a la que se adscribían los dólmenes por entonces. Un Neolítico definido por la cultura material y por los abundantes restos de animales de varias especies, fruto sobre todo de la depredación pero también domésticos, deduciéndose las prácticas agrícolas de la presencia de piedras de molino y otros enseres. Don JOSE MIGUEL, ante esta evidencia, alude al inicio de «nuevas formas económicas» implicando en ellas sin ambages al pastoreo y mostrándose con su acostumbrada pru-

dencia respecto a la agricultura al referirse a «la probable utilización de cereales» (BARANDIARAN, 1953, 130). y al «probable indicio del cultivo de la tierra»; con ello insinúa la posibilidad de relacionar la presencia de este utillaje con la recolección y no necesariamente con el cultivo, en un proceso de adaptación que hoy se contempla como probable en muchas comunidades de transición mesolítico-eneolíticas.

Así pues, en su obra, la actividad pastoril queda delineada como la principal caracterización de la economía productora de la zona, siendo BARANDIARAN de los primeros autores que en el estudio de la Prehistoria reciente implica al conocimiento etnográfico y al ecológico en la reconstrucción del pasado, aludiendo a las condiciones geográfico-ambientales y

\* Universidad de Zaragoza

al régimen de trashumancia que éstas impondrían, con específica mención de las rutas más importantes y su coincidencia, en el Eneolítico, con importantes estaciones dolménicas. Tal interpretación del megalitismo vasco como directamente relacionado con una actividad pastoril, ha sido mantenida, con pocas variaciones, por los investigadores sucesivos. El aporte de J.M. DE BARANDIARAN a la investigación megalítica —que en el País Vasco y Navarra contó con pioneros de la categoría de J. ITURRALDE y SUIT, T. DE ARANZADI y F. DE ANSOLEAGA—, se enriqueció aún más al formar parte del irrepetible trio que con él completaron el mismo ARANZADI y E. DE EGUREN, añadiendo a todo lo anterior la notable valoración del análisis antropológico de los restos óseos, lo que conformó un conocimiento pluridisciplinar del dolmenismo sin paralelo en la historiografía peninsular.

Tan tempranos méritos no han dejado de acrecentarse mediante la tarea de instituciones e investigadores cuya obra es imposible resumir aquí. Tras la síntesis y catalogación de APELLANIZ (1973) —hito al que continuamente nos debemos remitir—, los trabajos tienden al análisis minucioso de áreas reducidas, bien delimitadas, que están obteniendo resultados muy notables en cuanto a la localización de un habitat no estable, de similares caracteres tanto en zonas de «montaña» como de «llano».

Estos precedentes hacen poco útil la reiteración de una síntesis basada en lo descriptivo (la más reciente, ANDRES, 1984). Sin soslayar por completo este punto ni olvidar el carácter polisémico del fenómeno, es preferible reflexionar sobre algún aspecto problemático del mismo. Así, la relación entre megalitismo y economía pastoril, —tan querida por D. JOSE MIGUEL y habitualmente admitida como postulado—, será la opción elegida, a conciencia del riesgo, para especular sobre las causas del origen del megalitismo vasco.

## II. DESCRIPCION

**1. Distribución.**— (Fig.1) La unidad del área tiene límites claros: el Ebro por el Sur, la vertiente francesa del Pirineo occidental por el Norte, la rarefacción del fenómeno dolménico hacia el Pirineo Central por el Este y hacia la zona cántabra por el Oeste. Ninguno de ellos supone interrupción natural ni barrera geográfica, sino sólo fronteras artificiales delimitadas historiográficamente y por la distinta actividad prospectora. La unidad a que se alude no significa uniformidad cultural ni límites prehistóricos para un fenómeno que excede las fronteras de la actual política investigadora.

El denso espacio dolménico extendido desde el Atlántico al Ebro, se organiza en tres franjas horizon-

tales en sentido de la latitud, casi coincidentes con una altitud diferenciada: la atlántica, cuyas estaciones no destacan por la concentración o tipología de sus monumentos, entre los que dominan las planas rectangulares o indefinidas. La altitud raramente supera los 700 m.s.n.m., en una orografía intrincada, con valles estrechos y escasas zonas llanas.

Sin solución de continuidad con lo anterior, la franja intermedia, estructurada por las sierras que forman la divisoria de aguas atlántico-mediterránea, soporta numerosas y densas estaciones dolménicas que se escalonan entre los 800 y 1.300 m.s.n.m. de Aralar, Alzania, Aitzkorri y Urbasa. Dentro de caracteres uniformes en la tipología y tamaño —con neto predominio de las cámaras rectangulares—, ciertas variedades presentan rasgos locales, así como un ritmo de uso peculiar y diferente a otras zonas dolménicas del enclave vasco-navarro.

Entre estas sierras centrales y los núcleos del Ebro existe un hiato en la distribución espacial, lo que unido a las diferencias tipológicas, sugiere ya diferentes vías de relación dominante para ambas zonas. Esta franja meridional, organizada en relación con el gran río y alguno de sus afluentes por la izquierda, presenta carácter de somontano, con altitudes entre 700 y 500 m.s.n.m. y los dólmenes mayores y de más variado tipo. La Sierra de Cantabria limita por el norte al núcleo riojano, a ambas orillas del Ebro, con ejemplares tipológicamente iguales en los lados de La Rioja y Alava: sepulcros de corredor de cámara poligonal concentrados en las cabeceras de los ríos que vierten al Ebro.

El núcleo del río Bayas, afluente del Ebro, define su personalidad por la anómala tipología de sus grandes dólmenes y su uso tardío respecto a las estaciones de «montaña» circundantes. Los ejemplares de la Navarra Media destacan también por su tipo, único en el área (sepulcros de corredor de Artajona), y el retraso en el inicio de su utilización, ya calcolítica.

Más significativa que esta distribución general, es la ubicación topográfica local que ha servido de apoyo al enunciado de la más importante hipótesis interpretativa sobre el dolmenismo vasco: su relación con la economía pastoril. Además, los a veces nada ambiguos límites orográficos, facilitan la distinción de grupos dolménicos, lo que unido al estilo arquitectónico define la conexión interna de estos núcleos y les diferencia entre sí, abriendo la posibilidad de proponer una ecuación entre los diversos grupos dolménicos con distintos territorios étnico-tribales.

**2. Tipología.**— La más útil clasificación de dólmenes del occidente europeo es la referida a los tra-

dicionales «tipos primarios» de sepulcro de corredor, galería cubierta y dolmen simple, que sintetiza los rasgos de las plurimorfias manifestaciones locales. En 1953 recopiló J.M. DE BARANDIARAN los dólmenes del País Vasco, contando con ejemplares de todos los tipos primarios: señaló como característicos o más abundantes los de cámara simple rectangular con una losa más baja en el lado de entrada. (BARANDIARAN 1953, 139 y ss.), descripción que se puede mantener en todos sus puntos. Una interesante reflexión añade: «Las teorías que, basándose en los diferentes tipos de dólmenes observados en la región pirenaica, atribuyen a éstos orígenes diferentes, no nos parecen muy fundadas. Tales variedades no superan a las divergencias que son probables en las manifestaciones de un mismo elemento dentro de un ciclo cultural» (Op. cit. 142), reflexión no siempre tenida en cuenta al investigar el espinoso asunto de las influencias culturales.

APELLANIZ (1973) catalogó casi 500 dólmenes; hoy su número rebasa los 800 (ARMENDARIZ 1987,

146). La gran mayoría de ellos pertenece al tipo conocido como «dolmen simple» dado que, en su estado actual, están coformados únicamente por una cámara, generalmente rectangular. Salvo excepciones —que podrían corresponder a primitivos sepulcros de corredor alterados—, tal morfología suele coincidir con los dólmenes de tamaño «pequeño», calificación ésta que no cuenta con un límite objetivo y mensurable. El problema radica en su distinción de las «cistas», existiendo dos propuestas de diferenciación métrica para estos monumentos sin corredor del Pirineo Occidental; en la primera se ofrece como límite una superficie interior de un metro cuadrado (ANDRES 1977, 87); más recientemente CHEVALIER (1984, 21) precisa las medidas de 2 m. de longitud, uno de anchura y uno de altura como máximas para los «cofres»; tras aplicar esta escala a los casos reales, la superficie media resulta de 1.116 metros cuadrados, lo que prueba la mejor adecuación de la anteriormente preconizada, derivada de datos de la vertiente meridional del Pirineo centro-occidental y sus estribaciones.

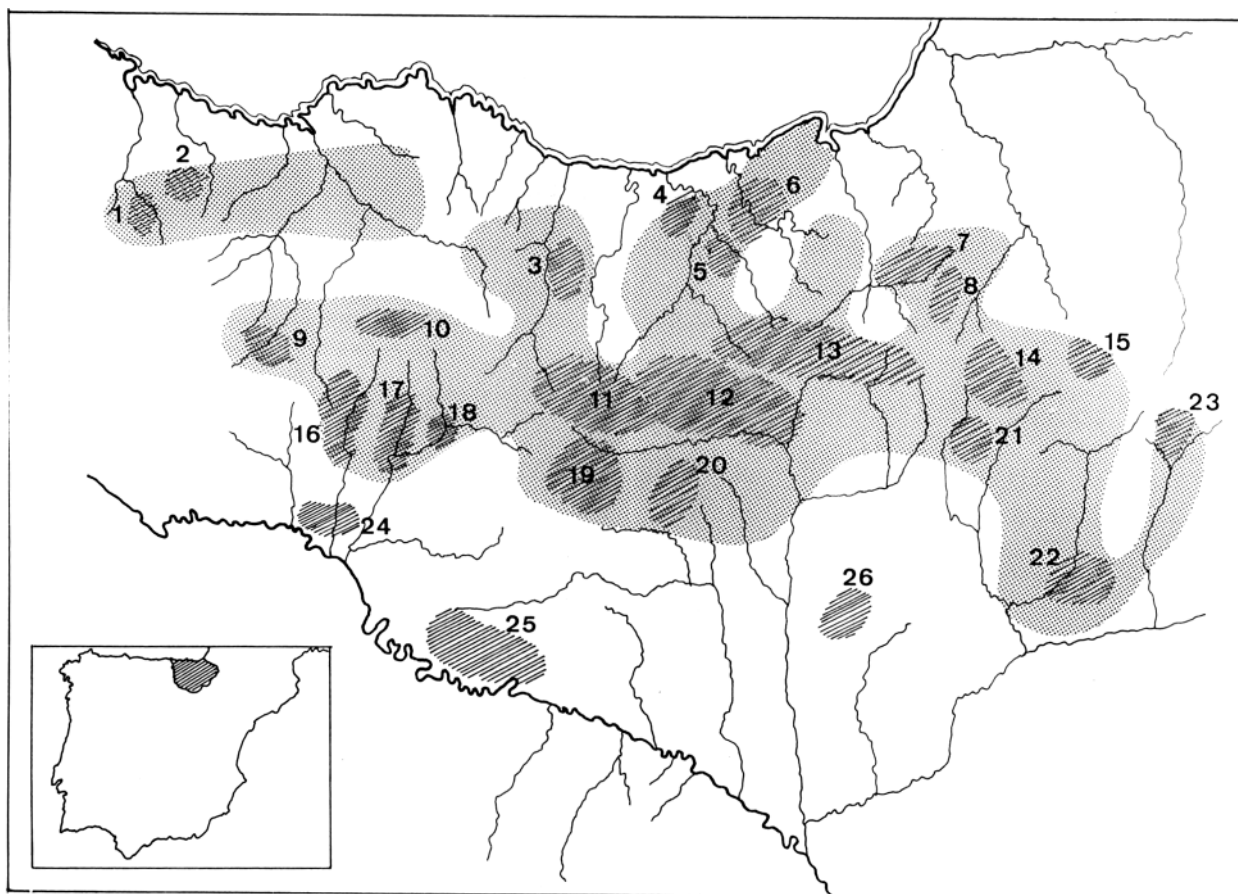


Fig. 1.— Distribución dolménica general en el País Vasco y Navarra y núcleos más significativos. *Zona atlántica*: 1, Carranza-Lanestosa. 2, Armañón. 3, Elosua-Plazentzia. 4, Andantza-Ernia. 5, Belabieta. 6, Txoritokieta-Adarra-Mandoegui. 7, Alkurruntz-Lerate. 8, Errazu-Aldudes. *Zona central divisoria de vertientes*: 9, Añés. 10, Gorbea. 11, Aitzkorri-Altzania-Murumendi-Aratz-Ataun-Borunda. 12, Aralar-Larraun. 13, Gorriti-Belate. 14, Auritz-Urepel-Ibañeta. 15, Urkulu. *Zona del Ebro y vertiente mediterránea*: 16, Guibijo-Cuartango. 17, Badaua-Arrato-Letona. 18, Arrazua. 19, Llanada Alavesa-Entzia. 20, Urbasa-Andia. 21, Ardaiz. 22, Idokorri-Ugara-Leire-Illón. 23, Roncal. 24, Turiso-Ebro. 25, Rioja Alavesa. 26, Artajona. (Seg. datos del mapa de distribución de APELLANIZ 1973).

Al margen de la conservación de su morfología primitiva, muchos de las actualmente «dólmenes simples» prefieren una distribución de montaña mientras que los sepulcros de corredor se concentran en el llano. En principio, esta distinción tipológica no nace de una diferencia cultural, cronológica, funcional ni étnica (aunque pueda coincidir con ellas), ya que las dimensiones del sepulcro y su túmulo, (el tamaño es la principal distinción, p. ej., entre Arteko Saro, montaña y Aitzkomendi, llano), están condicionadas sobre todo por factores socio-económicos y demográficos y, a su vez, el tamaño es un condicionante del tipo sepulcral.

Las variantes locales suelen ser más abundantes que los ejemplares canónicos. En las zonas riojanas próximas al Ebro, los sepulcros de corredor más cercanos al tipo primario tienen cámara poligonal con notable tendencia circular y pasillo que ocasionalmente conserva losas de compartimentación transversal. Su cubierta plantea problemas de reconstitución; se contempla la posibilidad de falsa cúpula o techado de madera a modo de choza. Aunque se ha conservado la cubierta adintelada en sepulcros grandes, como La Cascaja y Chabola de la Hechicera, cuyo diseño tiende a reducir la abertura superior mediante la convergencia de los ortostatos en su ápice -igual que los importantes ejemplares de Llanada Alavesa-, es difícil imaginar una posibilidad semejante para el gran diámetro de San Martín o El Sotillo.

La variante local de sepulcro de corredor mejor caracterizada (tipo 11, ANDRES 1978, 33), aunque

habitualmente clasificada entre los dólmenes simples, aparece en las sierras de Aralar y Urbasa; presenta cámara rectangular bien construida de grandes losas, cubrimiento adintelado, reducción de la entrada mediante una losa baja y corredor de acceso de lajas laterales pequeñas que posiblemente nunca tuvo techado (cfr. Arteko Saro, ARANZADI, BARRANDIARAN, EGUREN 1923, 8-10). Se completa con galgal de piedras que ha conferido a las construcciones gran solidez y permanencia.

La morfología es poco variada y sin complicaciones respecto a los tipos primarios. Algunos de los ejemplares anómalos se cuentan entre los mejores sepulcros del área y provisionalmente deben considerarse como variantes de sepulcro de corredor; entre ellos los conocidos monumentos de Artajona (Navarra), que a veces han sido clasificados como galerías cubiertas, aunque la aplicación de tal calificativo para éstos y otros monumentos de la zona es muy discutible.

**3. Cronología.**— La determinación de una cronología de construcción y uso de los dólmenes vasconavarros ha estado condicionada por la aceptación de perduraciones para materiales de los que en otras zonas se reconocía su datación neolítica y que aquí eran forzados a una permanencia en uso teóricamente insostenible, salvo que se demuestre para cada caso, ya que tal comportamiento supondría tecnológicamente una excepción a la norma evolutiva general. La postura ha sido superada gracias al lote, en continuo incremento, de dataciones radiocarbó-

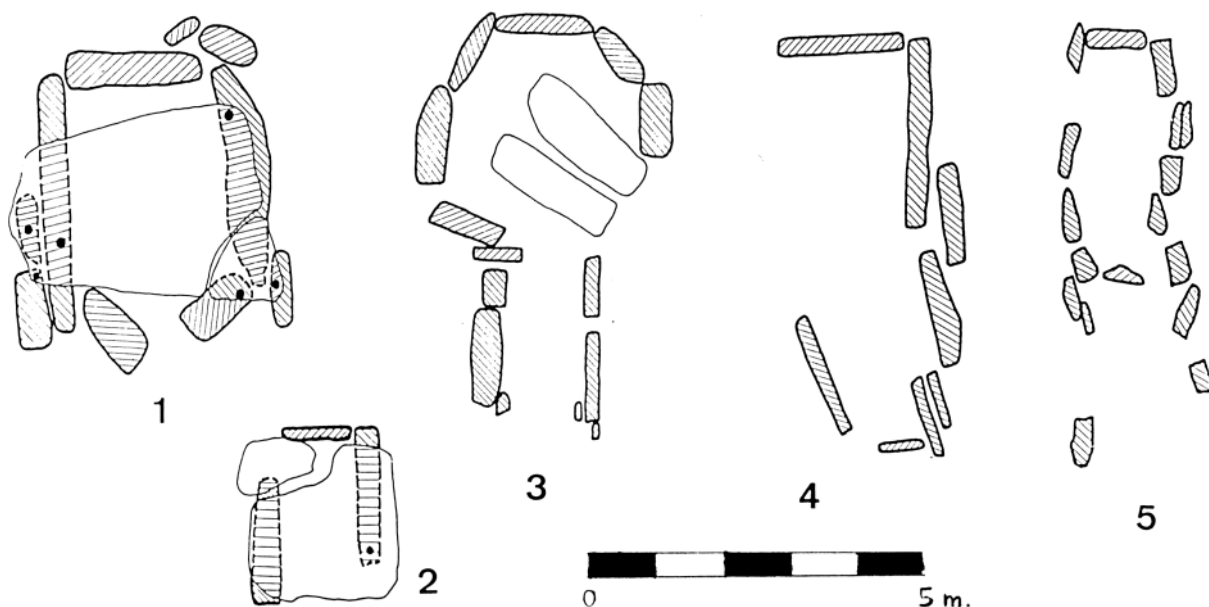


Fig. 2.— Plantas representativas de los dólmenes vascos (entre paréntesis el número de la estación correspondiente del mapa de distribución). 1: Aitzkomendi (19), 2: Arteko Saro (20), 3: El Sotillo (25), 4: Gúrpide Sur (16), 5: Jentillarri Este (12) (Seg. APELLANIZ 1973)

nicas que apoyan la cronología neolítica preconizada por MALUQUER (1974), GUILAINE (1976) o ANDRES (1977). Las investigaciones de J.I. VEGAS y A. ARMENDARIZ dentro de la zona y las aportaciones de otros estudios en áreas adyacentes de la Meseta y La Rioja, permiten hoy intentar la delimitación de diversas fases de uso de los dólmenes vascos, las cuales se pueden concretar en seis (ANDRES 1986), escalonadas desde —3300 (o antes) hasta —1700. Reciente y significativa aportación es la fecha de Trikuaiti: —3450 (ARMENDARIZ 1987), por corresponder a un dolmen de «montaña» (que soportan más unánime opinión de retraso cronológico), confirmando la sincronía con el megalitismo de los ámbitos de «llano» (ANDRES 1977, 121-123).

### III. ORIGEN

Espacial, cultural, funcional..., el concepto de origen es polivalente. En el caso que nos ocupa consideramos dos aspectos: por un lado discernir lugar de procedencia del fenómeno, su filiación con otras áreas dolménicas, el estudio de las influencias culturales que provocaron su aparición y posterior desarrollo, y por otro el planteamiento del origen como efecto de una causa: la economía pastoril, al menos como condicionante de su ubicación y características.

**1. Difusionismo y evolucionismo.**— Las dos explicaciones tradicionales, no necesariamente opuestas, del cambio cultural, podemos aplicarlas al objeto que tratamos. La tesis difusionista veía el megalitismo vasco como el resultado de una influencia cultural procedente de los márgenes (Meseta-Ebro, Atlántico, Francia) penetrando hasta las sierras centrales del interior del territorio, ofreciendo con ello una visión degenerativa y tardía del dolmenismo de «montaña». A la inversa, la postura evolucionista, apoyándose en la gran densidad dolménica de la zona central, podría ver en ella el origen del fenómeno (ANDRES 1986, 155), aludiendo a la presión demográfica sobre los recursos económicos, modelo que en otros enclaves dolménicos ha servido para justificar el surgimiento de estas sepulturas monumentales. Ni una ni otra postura —aquí descritas en sus aspectos extremos—, es adecuada, ya que la realidad sería una inextricable red de posibles combinaciones de ambas. Muchos autores se han ocupado de desentrañarla, intentando precisar, apoyados en ciertos ajueres o formas sepulcrales, el predominio de una relación sobre otra según zonas y etapas. En este sentido, los más interesantes estudios son el de G. DELIBES (1983), o antes el de H.N. SAVORY (1975) cuyas conclusiones aparecen inevitablemente condicionadas por una hipótesis difusionista.

A. ARMENDARIZ ha sintetizado todas las opiniones que sobre el origen de los dólmenes vascos se han emitido desde P. BOSCH GIMPERA, concluyendo que se perfila una doble vía: Portugal, a través de la Meseta, para los sepulcros de corredor de zonas próximas al Ebro y una derivación de éstos combinada con influencias pirenaicas y transpirenaicas para explicar los dólmenes de montaña (ARMENDARIZ 1987, 144). Esta doble filiación aparece formulada expresa o tácitamente en todas las síntesis y hay general acuerdo respecto a la conexión con Portugal a través de la Meseta —manifiesta en el estilo de los dólmenes riojanos—, hace tiempo preconizada y confirmada por recientes estudios (DELIBES, ALONSO, ROJO, 1987) que definen una comunidad cultural entre la Meseta Norte y La Rioja, en la primera etapa megalítica de estas tierras, denominada facies San Martín-Miradero.

En cambio, la filiación enunciada para los dólmenes de montaña —que implica una subordinación cronológica respecto a los de llano—, resulta discutible, y tampoco explica las diferencias tipológicas aludidas entre los grandes dólmenes adintelados de la Llanada Alavesa y los riojanos. Las diferencias formales, que han sido la base para establecer relaciones culturales, son mucho más claras entre los dólmenes situados al Norte o al Sur de la Sierra de Cantabria que entre los de «montaña» o de «llano».

Tales diferencias tipológicas pudieran estar expresando tradiciones diferentes derivadas de la identidad étnico-cultural del grupo. En este sentido el análisis antropológico parece confirmar el carácter de «frontera» de la Sierra de Cantabria, al señalar predominio del tipo mediterráneo grácil al sur de ella y el pirenaico occidental al norte, con evidentes relaciones entre ambos grupos, manifiestas en el valle de Cuartango —por ejemplo—, que ofrece rasgos de endogamia, paleomorfismo y evolución autóctona, pero también presencia del mediterráneo grácil (Cfr. BASABE 1967, 72-76). Quizá estos últimos tipos aparecieron en el valle alto-medio del Ebro en época postdolménica o calcolítica. De las dos «provincias» o núcleos, independientes en su filiación, que destaca el trabajo de A. ARMENDARIZ, el del Ebro nos aparece claramente conectado con la Meseta, mientras que el central de «montaña» presenta más signos de autoctonía, enraizado en el abundante megalítico indígena.

**2. Autoctonía y posterior desarrollo.**— En breve artículo, G. DANIEL (1973), reafirmando su rechazo a una colonización megalítica en Europa, sugirió una traducción plurigenética en arquitectura pétreo, con un resultado confluyente en el dolmenismo, de las tumbas autóctonas previas de varios enclaves, atlán-

ticos sobre todo, mencionando entre los nueve núcleos posibles el «Grupo Pirenaico» sin más precisión. Ciertamente se trata de una hipótesis formulada con un excesivo alejamiento, pero que se ha ido confirmando como posibilidad para ciertos grupos dolménicos europeos, y coherentemente debe contemplarse para cualquier otro. El hallazgo del túmulo de Trikuaziti II (ARMENDARIZ) (1987) es importante indicio para apuntar la génesis directa en el sustrato mesolítico autóctono, al ofrecerse como una estructura premegálítica a semejanza de las detectadas en otros focos dolménicos.

Una hipótesis general podría formularse para explicar el surgimiento megalítico en todo el norte peninsular, hasta el Pirineo occidental, a la luz de los datos de Portugal septentrional (JORGE 1987) y Asturias (DE BLAS 1987): las poblaciones autóctonas que en grupos reducidos vivían en cuevas o al aire libre, practicando un nomadismo intermitente dentro de un amplio territorio que participaría de zonas altas y bajas, serían los ocupantes de sectores amesetados, como las sierras de Aralar y Urbasa, no sólo habitables en ese momento sino quizás susceptibles de un incipiente aprovechamiento agrícola. Las abundantes fuentes de subsistencia y la benignidad climática favorecerían el crecimiento demográfico, el cual impelerá a la paulatina transformación económica hacia la producción (preconizada por la caza —que continuará siendo básica—, y por la recolección de gramíneas), al acentuarse un deterioro climático, siempre más drástico en zonas altas, hacia fines del 4.º milenio, lo cual acabaría provocando el abandono como habitat de estas regiones en favor de tierras más bajas. Aquel área primigenia, residencia y fuente de sustento de los antepasados, cambio de función, pasando a significar no ya un ámbito de explotación económica sino la localización de las raíces sociales del grupo y su razón de identidad, coincidiendo en muchos casos con el principio del espacio poseído, articulado por una corriente fluvial, eje de algunos valles que pudieron constituir el territorio bien delimitado de una comunidad. En resumen: hay una transformación autóctona, a) hacia la economía productora, y b) de anteriores territorios de explotación y residencia en lugares funerarios, proceso que, aunque autóctono, no debe pensarse como aislado sino en contacto cultural con otros desarrollos económicos y sociales paralelos, que afectan en sentido amplio a todo el occidente europeo.

La ocupación mesolítica del País Vasco está bien y densamente documentada. Aunque no se haya definido un potente sustrato mesolítico en sierras como la de Entzia (VEGAS 1985, 258), y otras donde exista buena implantación megalítica, esta impre-

sión de continuidad suscita el trabajo de F. GALILEA (1961), con datos que confirman el habitat y la mollienda de cereales. En Entzia se observa la tendencia de dólmenes y túmulos a situarse en el borde que mira al valle, dato a favor del significado territorial de estos monumentos que simbolizarían la ubicación del origen del grupo. Al pie de la Sierra están Sorginetxe y Aizkomendi, dos de los mayores sepulcros vascos, todavía sin datos que nos indiquen la fecha de su construcción.

La hipótesis de un descenso al valle —o llano—, se puede deducir igualmente del conjunto formado por el río Bayas y las sierras de Badaya y Gibijo que lo flanquean. Del estudio de CIPRÉS, GALILEA y LÓPEZ (1978) se desprende la gran densidad de «yacimientos de superficie» y el énfasis en la ubicación de los dólmenes en puntos preeminentes, lo que alude nuevamente a intereses territoriales. Aquí contamos con indicadores de una utilización de los dólmenes en fases iniciales y antiguas en las zonas altas, mientras que en el valle —estaciones de Cuartango y Turiso—, predomina el uso en el Calcolítico inicial (ANDRES 1986, 258-265), corroborándose la datación tardía por la forma anómala de los monumentos (cfr. APELLANIZ 1973), difícilmente asimilables a un tipo primario.

Frente a la anárquica tipología del valle de Cuartango destaca la uniforme fidelidad a tipos canónicos primarios, del otro conjunto del Ebro: la Rioja alavesa, caracterizado por la antigüedad de su fase inicial. Aquí no se puede aludir a un descenso al valle a partir de zonas altas, sin embargo los dólmenes, al pie de la sierra de Cantabria, se ubican en la cabecera de sendos ríos afluentes o subafluentes del Ebro y podrían estar simbolizando también el inicio del territorio y origen del grupo en los diversos valles. Esta situación apical respecto a corrientes fluviales no parece casual, el repetirse en la vecina Rioja, en las cuencas del Leza e Iregua (CENICEROS, BARRIOS 1988, 55) y en la mitad oeste del Pirineo aragonés (ANDRES 1988).

La deducción de un traslado del asentamiento preferente a zonas de menor altitud hacia el inicio de la época dolménica, podría extraerse igualmente de la síntesis de M.A. BEGUIRISTAIN (1982), donde se señala cierta superposición, no total, entre las concentraciones de dólmenes y las de habitación, así como la mayor presencia de dólmenes en zona de montaña frente a una mayor abundancia de yacimientos de superficie en zonas medias y bajas, con identidad de materiales entre ambos grupos. Es de fundamental importancia el estudio del habitat —que cuenta con síntesis como las de BEGUIRISTAIN, para Navarra, y L. ORTIZ, para Alava—, pero que tro-

pieza con las dificultades técnicas que plantea el análisis del tipo de asentamiento al aire libre, dominante desde el Neolítico (ORTIZ 1987, 68).

El movimiento descendente, paralelo en los diversos enclaves del área, con las precisas adaptaciones y acronías en cada caso, conformaría territorios «independientes» constituidos por tierras a diversa altura, que hoy nos presentan límites fisiográficos a veces ambiguos pero otras nítidos. Del estudio que relaciona el valle de Cuartango —y su significativa endogamia antropológica—, con las sierras que lo flanquean, se deduce unidad territorial, participe de diversos ambientes, explotada por grupos con afinidad étnica, unidos quizá por lazos tribales. Aunque con límites más imprecisos, parecida relación podría afirmarse entre la Llanada Alavesa y la Sierra de Entzia. Esto explicaría las analogías tipológicas entre dólmenes de estaciones de diverso ambiente dentro de estos enclaves, y el carácter móvil de los grupos, la utilización alternante, no de ritmo estacional sino generacional, que se observa en algunas estaciones o unidades dolménicas.

Tan complejo como el del inicio dolménico en la zona, se presenta el análisis de su desarrollo posterior. En todos los sepulcros normesetefios y riojanos en los que se detecta una fase antigua de ocupación, iniciada a fines del cuarto milenio, se documenta igualmente una destrucción o abandono o sellado intencional. Además de los casos de la Meseta Norte, en zonas de La Rioja y Rioja Alavesa se pueden mencionar los de Peña Guerra II, San Martín y posiblemente El Sotillo, desbordando el fenómeno la frontera de la Sierra de Cantabria hasta Kurtzebi-de (Cfr. ANDRES 1986). Un hiatus o al menos una decadencia en su ocupación, se ha definido recientemente en el asentamiento de Cueva Lobrega entre las fases neolíticas finales y la fase campaniforme (CENICEROS, BARRIOS 1988, 97-98), que confirma el aparente abandono dolménico que se observa en esta zona en el mismo espacio cronológico. El fenómeno, datable en torno a -2500, representa un lapso, interrumpido hacia final del Calcolítico, con las reocupaciones campaniformes de los dólmenes riojanos, coincidentes con la presencia significativa de tipos antropológicos mediterráneos en las zonas altas del valle del Ebro.

Esta interrupción en el uso dolménico no es general en todas las estaciones del área, ni siquiera en las relacionadas con el Ebro. Tal es el caso del Valle de Cuartango, donde el sepulcro de Gúrpide Norte permitiría su inclusión en el fenómeno que acabamos de citar, por su peculiar ajuar óseo, coetáneo de la fase antigua de San Martín, y la destrucción que evidencia; sin embargo la zona no fue abando-

nada. Inmediato a este sepulcro se erigió Gúrpide Sur, con gran cámara de cabecera rectangular (clasificable en la corriente arquitectónico-funcional que originará las galerías cubiertas, cronológicamente posteriores, de mayor capacidad y menores problemas de cubrimiento), a lo que se añade la característica calcolítica de la gran abundancia de enterramientos y un ajuar (ver APELLANIZ 1973, Figs. 119-120) propio de las fases iniciales de este período. La continuidad entre ambos sepulcros, mantiene la incógnita respecto a la indentidad o diversidad étnica de las poblaciones que los utilizaron. La misma relación certifican los monumentos de La Lastra y la Mina, en la entrada del valle desde el Ebro; el segundo conjuga tipología avanzada con ajuares del Calcolítico inicial, mientras que entre lo poco que se conoce del dolmen de La lastra, figura un trapecio de sílex que señalaría su uso en la primera fase megalítica vasca. Quizá Cuartango ofrece condiciones intermedias y apropiadas para la continuidad del habitat, además de ser paso privilegiado a la vertiente atlántica, rasgo éste que no contradice la mencionada endogamia antropológica, la cual, al ser un indicador de mayor estabilidad relativa, podría considerarse como rasgo específico de grupos concretos, en consonancia con la continuidad apuntada.

Lo antecedente muestra que los modelos de comportamiento no son generalizadas a todas las zonas dolménicas del área, variando según las circunstancias locales, responsables de interrupciones, abandonos o incrementos en la ocupación. La complejidad de la utilización dolménica, en la que se implican factores hoy técnicamente incontrolables, como la tradición, los sutiles cambios en la relación socio-económica entre grupos e individuos, la ideología y creencias, ha sido por lo general simplificada al aplicarle una dicotomía en la especialización económica, con sociedades agrícolas frente a sociedades ganaderas, como usuarias de los dólmenes de llano y de montaña respectivamente. El mismo problema han denunciado para el megalitismo de la Rioja C. PEREZ ARRONDO y C. LÓPEZ DE CALLE (1988, 48).

Para averiguar el complicado mecanismo de utilización dolménica es fundamental la investigación del clima. Las oscilaciones de carácter general definidas para los períodos Atlántico y Sub-boreal, carecen de validez para nuestros propósitos. Tampoco son extrapolables los análisis de enclaves concretos. Una reciente síntesis del clima holoceno peninsular (DUPRÉ 1988) muestra la importancia de la variación local según altitud, proximidad al mar u otras circunstancias microambientales, factores que precisamente podrían ayudar para interpretar la

arritmia en el uso de las distintas estaciones. La única conclusión utilizable de estas síntesis señala, en zonas cántabro-atlánticas y pirenaicas, una evidencia de la acción antrópica desde el -3.000 o algo antes, que favorece la deforestación a la que el ambiente climático ya era proclive en el sub-boreal (DUPRÉ 1988, 119-124), y que coincidiría con el inicio de la implantación megalítica en el área.

Aun contando con suficientes análisis polínicos de los túmulos dolménicos y sus bases, no tendríamos una relación segura entre la ocupación del monumento y las causas de carácter económico que provocaran la oscilación de la misma, ya que no veo sostenible la identificación que implícitamente se mantiene entre territorio funerario y territorio cotidiano de explotación económica. Habría pues que conocer las posibilidades para la subsistencia, de todo el espacio poseído por una comunidad, casi siempre de límites indeterminables, y en el que la obtención de muestras tropezaría con el problema de la total degradación de muchos yacimientos superficiales.

**3. Pastoralismo.**— La coincidencia masiva del megalitismo cantábrico con ambiente de montaña ha provocado el que se explicara su origen en relación con la especialidad pastoril. Pero tal ubicación puede justificarse con otras hipótesis, como la aquí expuesta, que contempla las más antiguas estaciones dolménicas de montaña como expresión del cambio económico en la transición mesolítico-neolítico, el cual induce una transformación funcional de la primigenia zona de habitat, que pasa a constituir un área sagrada, origen territorial del núcleo étnico, lugar de encuentro de utilización periódica y comunal, regulada por normas emanadas de una serie de grupos que se reconocen descendientes de los mismos antepasados. Tales enclaves, de los que es magnífico ejemplo el macizo de Aralar, no serían de explotación económica sincrónica al uso dolménico.

Se incrementan los datos que patentizan la función simbólica de puntos orográficos preeminentes; es casi una constante de la Prehistoria reciente europea la sacralización de accidentes naturales, en cuya nómina ríos y fuentes aparecen con frecuencia. En nuestras cercanías, aunque posterior a la implantación dolménica, tenemos certificado el caso calcolítico del cantábrico collado de Sejós (BUENO, PIÑON, PRADOS 1985), que a su vez explica el carácter de ciertas concentraciones de dólmenes y círculos de piedras con hitos de dimensiones esteliformes, situados en collados (especiales puntos de divisoria de aguas), del País Vasco (BARRIO 1979).

Del convencimiento de la complejidad explicativa del dolmenismo, y no de que la consideremos imposible, nace el replanteamiento que aquí se propone de la hipótesis pastoril, la cual todos hemos mantenido en una u otra ocasión y que ha llegado a convertirse en un tópico. Desde que en 1927 fue asumida por J.M. DE BARANDIARAN, hasta hoy, en que J.I. VEGAS (1985, 259) ha resumido las razones que afirman el carácter pastoril de la economía en relación con estaciones dolménicas, debe reconocerse que desechando lo que se puede atribuir a simple coincidencia (como la frecuentación constante de ciertos pasos y caminos de montaña), la interpretación pastoril no cuenta con apoyos inequívocos.

La aceptación actual y trivializada de la trashumancia pastoril como régimen de explotación prehistórica no considera las serias implicaciones que encierra respecto a las relaciones de posesión territorial. Conviene tener en cuenta también la no identidad entre pastoralismo y trashumancia ni entre estos dos conceptos y el de nomadismo. Para unas épocas en las que el régimen nómada o seminómada suele ser habitual en «montaña» y «llano», resulta arriesgado admitir especializaciones económicas que distingan a los pobladores de estos dos ambientes y afecten a la tipología, cronología y dimensiones de la implantación megalítica.

La Antropología nos muestra que no es la actividad pastoril la única explicación para el dolmenismo vasco, al aproximarnos a la mentalidad de sociedades preurbanas y a la forma en que grupos semiestables legitiman la posesión de la tierra mediante el recurso a los antepasados. R. GUIDIERI señala que los parejes funerarios, con los caminos que a ellos conducen, son los que articulan el espacio clánico y su importancia es fundamental; por encima de cualquier otra delimitación unen un punto fijo con otros móviles y éstos son incluso las aldeas y los campos de cultivo. En el nacimiento de las aguas que vivifican las tierras y permiten la vida está el origen de la posesión territorial, simbolizado en el origen genealógico del grupo; para estas sociedades sólo el lugar de los muertos es fijo «el antepasado es lo único inmutable» (GUIDIERI 1986, 42, 53, 93 y nota 1). Este es el modelo sobre el que se ha construido la hipótesis aquí propuesta para explicar el surgimiento dolménico, y que puede mantenerse para toda su etapa de desarrollo. Desde esta concepción del territorio y los antepasados parece frívola la alusión a tumbas de invierno y tumbas de verano, y difícil de aceptar una coincidencia intencionada entre sepulcros y áreas de explotación económica —pastoril o de otro tipo—, pues nunca se vivió en el lugar de los muertos, parajes sagrados, mágicos y prohibidos, protegidos por tabúes, accesibles sólo oca-



sionalmente y mediando el preciso ceremonial. En este contexto, es el mecanismo de alternancia estacional que se enuncia para los núcleos dolménicos, lo que aparece como rechazable, y no tanto el que sus usuarios fuesen poseedores de ganados.

La interpretación del megalitismo universal como propio de pueblos pastoriles se apoya en el desconocimiento del habitat coetáneo; caracterización errónea de una economía, además de impresión ficticia derivada de la pérdida de huellas de los asentamientos, general en el Europa neolítica y de comienzos del Bronce, como consecuencia de su situación en terrenos permanentemente cultivados, mientras que las tumbas localizadas en terrenos no fértiles (y añadiríamos, las construidas para perdurar), se conservan (SERRAT 1972, 514). Esta deficiencia comienza a subsanarse con el hallazgo de fondos de cabaña en Alava y otros lugares del valle del Ebro (ORTIZ 1987), que siguen indicando el carácter no plenamente estable del habitat también en zonas de supuesta economía agrícola.

El protagonismo de la economía pastoril puede también estar basado en un problema técnico (que afecta igualmente al habitat en cueva), provocado por la mayor facilidad de detección de los restos óseos frente a los vegetales y la imposibilidad de determinar la dieta exacta aún contando con la teórica recuperación de todos los datos. Las lagunas en este campo se han llenado con el recurso de extrapolar datos actuales del aprovechamiento económico en las mismas áreas.

En todo caso la polémica debe considerarse abierta ya que el pastoralismo goza de gran aceptación no sólo para explicar los dólmenes. Algunas opiniones sobre el asunto pueden servir de útil reflexión. Modernos estudios insisten en la viabilidad de la trashumancia pastoril prehistórica aplicando modelos de épocas recientes y sin resolver el problema de la gran especialización, dentro de la economía productora, que tal actividad supone y que muchos autores no admiten como posible con anterioridad a la Edad del Bronce. Algunos manifiestan una postura conciliadora, como I. DAWSON, que concluye aceptando la posibilidad de trashumancia prehistórica en la Península Ibérica, pero sólo como estrategia global, que es la que puede usarse para establecer analogías entre las diversas épocas, al depender de la dicotomía ecológica estructural (DAVIDSON 1980, 146). La crítica a la propuesta del modelo de trashumancia medieval y moderna para explicar el megalitismo, fue expresamente formulada por R.W. CHAPMAN (1979), con los mismos argumentos que simultáneamente emplearon S. FRANKENSTEIN y M.J. ROWLANDS para rechazar la aplicación que del mismo se hacía a un caso mucho más tardío, ya de

la Edad del Hierro centroeuropea: la actividad pastoril trashumante, histórica, deriva de una demanda concreta, fruto de una estructura económica muy compleja que no es posible extrapolar a los inicios de la economía productora.

Aunque no hay por qué subordinar la especialización económica de nuestra área a lo que suceda en el resto de Europa, existe cierta unanimidad en afirmar el carácter tardío del pastoralismo respecto al inicio de la economía de producción. Bajo la discutible teoría de asociar el pastoralismo y su expansión con la de los pueblos indoeuropeos, a la luz de las hipótesis de M. GIMBUTAS, W. H. GOODENOUGH (1971) indicó que el pastoralismo es la adaptación a la estepa de una trashumancia primitiva, asociando el inicio de la dispersión de esta práctica con las culturas de las Hachas de Combate, bien posteriores a la implantación megalítica del occidente europeo. Al margen de tal opinión, señala el autor la interdependencia entre agricultores y pastores y el hecho de que con cierto grado de desarrollo agrícola es exigible la expansión pastoril (abonos, fuerza, etc.) (GOODENOUGH 1971, 258-259). Es decir, sería en el contexto que la reciente investigación anglosajona ha denominado *secondary products revolution* (SHERRATT 1981), donde la especialización pastoril tendría sentido.

Esta visión, diferente de la también posible dicotomía agrícola o ganadera que se enuncia para las estaciones dolménicas vascas, no debe inducir un rechazo del pastoralismo como práctica; no hay que olvidar la presencia muy antigua de animales domésticos, comprobada en varias cuevas neolíticas de la zona y corroborada en Huesca con fechas muy viejas de C14. No hay que perder de vista que las afirmaciones de una especialización pastoril tardía, suelen basarse en datos de zonas europeas (incluyendo la balcánica), muy avanzadas agrícolamente, en las que el pastoralismo podría tener un carácter secundario; en cambio, en el Occidente europeo quizá dio pie al desarrollo independiente de una producción de subsistencia, basada en la domesticación de animales antes que en la de plantas, por más que tal posibilidad aparece como contradictoria con la persistencia de la actividad cinegética y su abundante aporte a la dieta cárnica, hasta fechas muy tardías.

El control de ganados por parte humana puede remontarse en el ámbito montañoso del Pirineo occidental a fases pre-domésticas de la Prehistoria. M.R. JARMAN se muestra partidario de una explotación pastoril, muy antigua, derivada de las severas limitaciones ambientales. Sobre datos del Pirineo francés señala concentraciones de grupos humanos y de animales en «asentamientos bisagra», zonas donde convergen las rutas que descienden de las

montañas; los encuentros tendrían lugar en los equinoccios, situación reflejada a veces en los restos de fauna y en la evidencia de actividades socio-religiosas como el arte parietal o los monumentos funerarios (JARMAN 1982, 210). Aun aceptando la importancia económica que pudo tener el ganado en la zona pirenaica, incluso en época pre-dolménica, es rechazable la reiteración del lugar común que establece una relación indemostrada entre la actividad ganadera y los dólmenes. Lo que sí parece demostrado para otras muchas áreas europeas es lo tardío de la explotación económica de los lugares altos, ya de la Edad del Bronce y siempre en ciertas zonas y fases determinadas. Añadamos que R. BRADLEY y (1972), para el caso inglés, que cuenta con buena información climático-ambiental, señala que el reconocimiento de antiguos pastos no presupone una sociedad pastoril, modelo económico que no es generalizable.

Aunque el contenido de los dólmenes, siendo éstos tumbas, no deba tomarse como representativo del ajuar cotidiano, no apoya diversidad económica, funcional ni cronológica entre montaña y llano. Del panorama conjunto de dólmenes y sus contemporáneos habitats en cuevas y al aire libre, se infieren sociedades no asentadas, fluidas, exógamas en distinto grado (Cfr. YELLEN y HARPENDING 1972), de subsistencia mixta (recolección, caza, agricultura, ganado) y probable movimiento estacional, trashumantes en sentido etimológico (no con el especializado significado actual, que los liga al pastoreo) o nómadas (no en sentido etimológico que específicamente los relaciona con pastos). Estas gentes y sus utillajes no muestran la especialización zonal que se les atribuye, aunque la distribución altimétrica señala dos ámbitos dolménicos con límite entre los 700 y 800 m.n.s.m. (ANDRES 1977 y 1978,59), a los que resulta tentador asignar diversidad económica en función de las posibilidades de vegetación y suelos, pero a la luz de las anteriores reflexiones hay que reiterar lo simplificador de tal generalización.

En parte, como señala A. FLEMING (1972, 179), la aceptación del pastoralismo prehistórico depende de las modas de pensamiento; a principios de siglo los nómadas (pastores) eran aceptables, pero raramente se consideraba la trashumancia; hoy en cambio, considerada ésta como explotación de recursos variables estacionalmente, conoce un gran auge como hipótesis explicativa. Al margen de corrientes de pensamiento, el complicado sistema de relaciones que supone la existencia de grupos sociales con distinta especialidad económica o de subgrupos dentro de una actividad dominante, debe discernirse localmente según los datos climáticos y la diversa

acción antrópica sobre el medio. En todo caso, proponer hipótesis alternativas a la también muy razonable del pastoralismo enriquece las síntesis. La pretendida continuidad que enlaza la época dolménica con las formas de explotación económica actuales, es demasiado forzada. La persistencia en el uso funerario de áreas dolménicas podría prolongarse hasta el final del Bronce, con los sepulcros de incineración circulares o, en suma, hasta la romanización, cuya potencia culturadora, unida a la predicación del Cristianismo, afectó a todos los aspectos de la vida colectiva y rompió la continuidad socio-ideológica, al colapsar paulatinamente la religión naturalista, la relación tribal y la concepción orgánica del territorio.

## BIBLIOGRAFIA

ANDRES, T.

- 1977 Las Estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: Consideraciones críticas. *Principio de Viana* 146-147, 127-138.
- 1978 *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*. Dpto. de H. Antigua. Universidad de Zaragoza.
- 1984 El Megalitismo en el Pirineo Occidental. *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular*. Madrid.
- 1986 Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja. *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 237-265.
- 1988 Megalitismo en Aragón. In: El Megalitismo en los Países de la Corona de Aragón. Col. *La Corona de Aragón*. Ed. Aragón. Barcelona-Zaragoza.

APELLANIZ, J.M.

- 1973 Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional. *Munibe, Supl. n.º 1*.

ARANZADI, T. de; BARANDIARAN, J.M. de; EGUREN, E. de

- 1923 *Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Urbasa (Navarra)*. Soc. de Estudios Vascos. San Sebastián.

ARMENDARIZ, A.

- 1978 Problemas sobre el origen del Megalitismo en el País Vasco. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 143-148. Madrid.

BARANDIARAN, I.

- 1982 Caracteres del territorio y del poblamiento de Alava en la prehistoria. *La formación de Alava. 650 Aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*. 63-90.

BARANDIARAN, J.M.

- 1953 *El Hombre Prehistórico en el País Vasco*. Ed. Ekin. Buenos Aires.

- BASABE, J.M.  
1967 Restos humanos de algunas cuevas sepulcrales de Alava. *E.A.A.* 2, 49-91.
- BEGUIRISTAIN, M.A.  
1982 Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el alto valle del Ebro. *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, 59-61.
- BRADLEY, R.  
1972 Prehistorians and pastoralists in Neolithic and Bronze Age England. *World Archaeology* 4-2, 192-204.
- BUENO, P.; PIÑON, F.; PRADOS, L.  
1985 Excavaciones en el collado de Sejos (Valle de Polaciones, Santander). Campaña 1982. *N.A.H.* 22, 27-53.
- CENICEROS, F.J.; BARRIOS, I.  
1988 Reinterpretación de las estratigrafías y ajuares arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Carneros, La Rioja). *Cuadernos de Investigación Histórica. Brocar* 14, 53-102.
- CHAPMAN, R.W.  
1979 Transhumance and megalithic tombs in Iberia. *Antiquity* LIII, 150-152.
- CHEVALIER, Y.  
(F.D.) A propos des monuments dolméniques du Pays Basque Etude preliminaire. *Les hommes et leurs sépultures dans les Pyrénées Occidentales, depuis la Préhistoire*, 142-148. Pau.  
1984 *L'architecture des dolmens entre Languedoc et Centre-ouest de la France*. Ed. Rudolf Habelt. Bonn.
- CIPRES, A.; GALILEA, F.; LOPEZ, L.  
1978 Dólmenes y túmulos de las sierras de Guibijo y Badaya. Planteamiento para su estudio a la vista de los últimos descubrimientos. *E.A.A.* 9, 65-125.
- DANIEL, G.  
1973 Spain and the problem of European Megalithic origins. *Estudios dedicados al Profesor Dr. Luis Pericot*. Inst. de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona.
- DAVIDSON, I.  
1980 Transhumance, Spain and ethnoarchaeology. *Antiquity* LIV, 144-147.
- DE BLAS, M.A.  
1987 La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 127-141. Madrid.
- DEL BARRIO, L.  
1979 Nuevos monumentos megalíticos en Guipúzcoa. *Munibe* 31, 257-273.
- DELIBES, G.  
1983 El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a. de C.). *Varia II*, 131-164.
- DELIBES, G.; ALONSO, M.; ROJO, M.A.  
1987 Los sepulcros colectivos del Duero Medio y Las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 181-197. Madrid.
- DUPRE OLLIVIER, M.  
1988 *Palinología y Paleambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*. Col. S.I.P. Serie de Trabajos Varios 84. Valencia.
- FLEMING, A.  
1972 The genesis of pastoralism in European Prehistory. *World Archaeology* 4-2, 179-191.
- GALILEA, F.  
1981 Inventario y comentarios sobre el habitat y el fenómeno funerario según prospecciones efectuadas en el sierra de Entzia (Alava). *E.A.A.* 10, 187-230.
- GOODENOUGH, W.H.  
1971 The Evolution of Pastoralism and Indo-European Origins. *Indo-European and Indo-Europeans*, 2 53-26 5. Univ. Pennsylvania Press.
- GUIDIERI, R.  
1986 *La ruta de los muertos*. Fondo de Cult. Econ. Mexico. 1.ª ed. 1980.
- GUILAINE, J.  
1976 Les civilisations Néolithiques dans les pyrénées. *La Préhistoire Française II*, 326-337. C.N.R.S.
- JARMAN, M.R.; BAILEY, H.N.; JARMAN, H.N. (Eds.)  
1982 *Early European Agriculture. Its foundation and development*. Cambridge Univ. Press.
- JORGE, V.  
1987 Megalitismo de Entre-Douro-e-Minho e de Tras-os-Montes (Norte de Portugal): Conhecimentos actuais e linhas de pesquisa a desenvolver. *El Megalitismo en la Península Ibérica*, 111-125.
- MALUQUER DE MOTES, J.  
1957 Las comunidades prehistóricas alavesas y sus problemas. *Boletín de la Institución Sancho el Sabio* 1-2, 51-64.  
1963 Notas sobre la cultura megalítica navarra. *Príncipe de Viana* 92-93, 93-147.  
1974 En torno a la cultura megalítica de la Rioja Alavesa. *E.A.A.* 6, 83-90.
- ORTIZ, L.  
1987 El Habitat en Alava desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce. *E.A.A.* 15, 7-102.

PEREZ ARRONDO, C.; LOPEZ DE CALLE, C.

- 1988 Excavaciones en la zona megalítica de Viguera (La Rioja). Collado Palomero I. Campañas de 1986 y 1987. *Cuadernos de Investigación Histórica. Brocar* 14, 31-52.

SAVORY, H.N.

- 1975 The role of the Upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion. *B.S.A.A. XL-XLI*, 159-174.

SHERRAT, A.G.

- 1972 Socio-economic and demographic models for the Neolithic and Bronze Age of Europe. *Models in Archaeology*, 477-542. Ed. Methuen. Londres.
- 1981 Plough and Pastoralism: aspects of the secondary products revolution. *Pattern of the Past: Studies in Honour of David Clarke*, 261-305. Eds. I. Hodder, G.I. Isaac, N. Hammond. Cambridge.

VEGAS, J.I.

- 1985 Nuevos datos para la Prehistoria alavesa. Conclusiones de las excavaciones realizadas desde 1976 a 1981. *E.A.A.* 12, 249-261.

VV.AA.

- (F.D.) Les hommes et leurs sépultures dans les Pyrénées Occidentales, depuis la Préhistoire. *Archéologie des Pyrénées occidentales* 7. Pau.

YELLEN, J. & HARPENDING, H.

- 1972 Hunter-gatherer populations and archaeological inference. *World Archaeology* 4-2. 244-253.